

Rosanda y el ángel

ÁNGELES GONZÁLEZ-SINDE



Ángeles González-Sinde

Rosanda y el ángel

Ilustraciones: Noemí Villamuza



edebé

© Ángeles González-Sinde, 2011

© Ed. Castellana: edebé, 2011
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño de las cubiertas: César Farrés
© *Ilustraciones:* Noemí Villamuza

Primera edición, octubre 2011

ISBN 978-84-683-0302-4
Depósito Legal: B. 23991-2011
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para mis generosas maestras
doña Marisa Barale
y doña Margherita Fincato,
y a los maestros y maestras
de las escuelas Waldorf de Aravaca
y Las Rozas, porque el de enseñar es el
oficio más importante del mundo.*

Índice

1. Más de lo mismo	7
2. El pasillo de los juguetes	13
3. Butterfly Pillow	23
4. Albricias	31
5. La fuga	39
6. En taxi	49
7. Pacientes impacientes	55
8. Ascensores al cielo	65
9. El don de la lectura	75
10. Te quiero hasta las acelgas	85
11. Estrellas invitadas	93
12. Se alza el telón	101
13. De las profundidades del Nilo .	107

14. Un camino en el mar	115
15. Más quieto que una marmota quieta	127
16. Teatro	135
17. Palabras mayores	145
18. Kilos de tristeza	155
19. Huelga salvaje	165
20. Recen a su Ángel de la Guarda .	177
21. Esta noche, gran velada	185
22. Un árbol en llamas	193
23. Código A	201
24. Pilas agotadas	211
25. Operación querubín	219
26. Código C	229
27. Entre luces	239

1

Más de lo mismo

«**E**sto sólo podía pasarme a mí», pensó Rosanda. Increíble, pero cierto: había vuelto a ocurrir. Otra vez. Un problema gordo nacía en un supermercado. Rosanda nunca había pensado que los hipermercados fueran lugares peligrosos, pero para ella y su familia estaba claro que sí. Sobre todo si se mezclaba hacer la compra con hacerla deprisa. Porque el desaguisado se había producido por las malditas prisas.

Si Rosanda lograba alguna vez en la

vida ser presidenta o ministra o algo así de mandar, lo primero que iba a hacer es prohibir las prisas. Así de clarito. Ni más ni más, ni menos ni más. Como decía su abuela. Tajantemente. Fuera prisas. Fuera. Abolidas para siempre.

¿Y ahora qué iba a hacer ella? ¿Y cómo había podido ocurrir? ¿Y su padre? ¿Pero no se daba cuenta?

Habían entrado en el supermercado los dos de la mano, tan contentos. El padre la había recogido de la piscina, porque ahora Rosanda iba a clase de natación.

La natación es una cosa que está muy bien cuando has terminado de hacerla, pero que antes de hacerla preferirías escaparte a la Luna o esconderte en el fondo del armario de las escobas con tal de no ir.

Porque da pereza. Da pereza cargar

con una bolsa de deporte. Pero más pereza aún da desvestirse en una fría tarde invernal, ponerte un bañador, un gorro que te hace feísima y unas gafas que no te cuento la cara de hormiga que te hacen, y meterse en una piscina de agua fría así por las buenas, sin tener calor ni ganas ni nada. Qué flojera. Luego ya, cuando estás nadando, aunque el agua esté semicongelada, entras en calor y lo pasas bien. La clase pasa volando. Pero antes, ¿a quién le apetece nadar? A nadie. A nadie. Dijera lo que dijera la madre de Rosanda, la natación no es el tipo de actividad con la que uno sueña en invierno. Nadie en sus cabales se pide en la carta a los Reyes: «Queridos Reyes, este año quiero unos patines, una consola de juegos y unas clases de natación en agua fría. Y si son tres

veces a la semana, mejor que dos.» Pues no, eso no pasa nunca.

Pero la madre de Rosanda era terca, ya la conocéis, y se había empeñado, y ahí tenéis a Rosanda, martes y jueves chapoteando.

Pues bien, ese martes el padre recogió a Rosanda de la piscina, con el pelo húmedo porque Rosanda nunca se lo secaba bien. Se metieron en el coche y, hala, al supermercado. Tan ricamente estaban eligiendo postres cuando, ding-dong-ding-dong-dong, una campanita y una voz de señorita habían anunciado que quedaban cinco minutos para que el supermercado cerrara y que más valía que los clientes fueran ya para las cajas a pagar.

—¡Cinco minutos! ¡Pero si no he comprado todavía ni la verdura ni el pesca-

do! —exclamó el padre de Rosanda y, pisando el acelerador imaginario al máximo, hizo volar su carrito pasillo abajo—. ¡Termina tú con los yogures! —le había gritado antes de desaparecer a Rosanda, que dudaba entre las natillas, la gelatina o unas cuajadas.

Ella hubiera comprado las tres cosas, pero su padre decía que era demasiado.

En eso estaba, resolviendo sus dudas, con lo difícil que es, a punto de escoger unas botellitas de yogur bebible que a Mauro le gustaban mucho, cuando se apagaron las luces. Sí, sí, sí, el supermercado se quedó completamente a oscuras y en silencio. Ni música por los altavoces, ni señoritas avisando de una oferta, ni pescaderos cantando el número que toca atender. Sólo se oía el zumbido de las ne-

veras y las cámaras de congelación, que es una cosa bastante triste, la verdad. Y más si estás a oscuras.

«¿Qué pasa?», se preguntaba Rosanda. ¿Un apagón? ¿Y su padre? ¿Qué hacía que no venía a buscarla?

—Papá... ¿Papá...? —le llamó Rosanda.

Pero nadie, absolutamente nadie detrás de ese oscuro silencio contestó.